

IV

Un año más tarde, Ambrosio y Andrea bautizaron a su primer hijo, Leoncio. Se habían casado seis semanas después del entierro de Rosa, sin hacer ostentación ni boato, en familia. Aquel bautizo iba a hacer salir, por primera vez a Mariana y Mateo, no repuesto aún de la tremenda sacudida. Se convino en que después de la ceremonia se almorzaría con los hijos en casa de Ambrosio y que cada cual se iría a sus asuntos. Beauchéne, que era el padrino, había escogido a Valentina por comadre, pues la pobre Constanca se estremecía a la sola idea de tocar un niño, desde la muerte de Mauricio. Sin embargo, había prometido asistir al almuerzo. Según se excusó. Eran, entre todos, diez comensales en el comedor de la calle de la Boetie, modesta habitación que ocupaban en tanto llegaba la fortuna. Fué una mañana muy alegre. Mateo y Mariana, que no habían querido abandonar sus vestidos de luto, acabaron por regocijarse y olvidar su pena ante la cuna de aquel nietecillo que perpetuaba la familia y la esperanza. Al principio del invierno, la familia había sufrido otra desgracia. Blas había visto morir a su hijo Cristóbal, que tenía difteria. Pero Carlota estaba de nuevo en cinta, y cuatro meses ya, y el dolor se había convertido en esperanza. En la casita de Ambrosio se respiraba un aire de felicidad muy grande. Andrea parecía la buena hada de aquel hogar y adoraba a su nietecillo, y él a ella, y ambos, adorándose, se preparaban para la conquista de la fortuna. Durante

el almuerzo, Beauchéne fué el único que bromeó. Estaba al lado de su comadre, y a pesar de que ésta era abuela y de sus cuarenta y cinco años, le hacía arrumacos como a una joven. Verdad es que la Vangelade se mantenía esbelta y graciosa, aunque un poco ajada. Constanca permanecía grave y seria. Únicamente sonrió dos o tres veces, y a ratos su rostro expresaba un padecimiento tremendo cuando dominaba a los hijos de Mateo y Mariana, que producían la impresión de una fuerza invencible. A las tres, Blas se levantó de la mesa, sin permitir que Beauchéne bebiera más charcutreuse.

—Tienes razón, muchacho— dijo Beauchéne.— Aquí se está muy bien; pero en la fundición nos esperan. Y vamos también a llevarnos a Dionisio, pues necesitamos de sus luces para un gran problema de construcción...

Constanca también se había levantado.

—¿Tomas el coche, que debe estar abajo?

—No, iremos a pié; así se nos despejará la cabeza.

El tiempo estaba cubierto. Ambrosio, que se había aproximado a la ventana, dijo:

—Van ustedes a mojarse.

—¡Bah! Desde la mañana amenaza; ya tendremos tiempo de llegar a la fundición.

Constanca se llevó a Carlota para dejarla en el pabelloncito que habitaba. Valentina, que no tenía prisa, se quedó. En cuanto a Mariana y Mateo, convencidos por los cariñosos ruegos de Andrea, decidieron comer con sus hijos y no regresar a Chantilly hasta la noche.

Al marcharse Constanca, cometió una equivocación que hizo soltar la carcajada a todos, aquellos como estaban.

—Blas, ¿quiere usted darme el boñ que debo haber dejado en el recibidor?

Todos se echaron a reir, sin que ella adivinara la causa. Y al darle la prenda, repitió:

—Gracias, Blas, muchas gracias.

Soltaron de nuevo el trapo a reir todos. ¿Por qué? Acabó por sospechar una equivocación y miró detenidamente al joven.

—Es verdad: no es Blas, es Dionisio... Les confundo siempre, sobre todo desde que llevan barba los dos.

Mariana recordó que a ella misma le ocurría lo propio cuando los dos niños eran de pocos meses. Tenía que hacerles abrir los ojos para conocerlos. Beauchéne y Valentina contaron que ellos se habían equivocado de igual modo. Al cabo se separaron todos después de cambiar afectuosos apretones de manos. En el coche, Constanca habló poco a Carlota, pretextando una violenta jaqueca. Con aire cansado, y entornados los ojos, reflexionaba. Al morir Rosa y Cristóbal, había sentido en el fondo de su corazón una secreta esperanza. Se le había declarado una fiebre. Sentía oleadas de sangre que subían a su cabeza, estremeándose su carne, y sintió deseos ardientes, ella que nunca los conociera. ¿Era quizá que su fecundidad volvía? ¿No sucede a veces que, algunos árboles robustos, despojados ya de hojas, se cubren de ellas en otoño? Entonces sintió una loca alegría. A medida que pasaba el tiempo, cada vez dudaba más de lo que le había dicho Gaude, al afirmarle que no tendría más hijos. ¿No podía haberse equivocado por ventura? Eso era; Gaude se había equivocado. Siguió con atención aquellas oleadas de sangre, aquel despertar de su naturaleza. Una noche, al oír entrar a su marido, estuvo a punto de llamarle, para hacerle compar-

tir su cama, segura de que le haría un hijo. Luego sobrevinieron dolores graves; Boutan fué llamado y no pudo sino comprobar la crisis final de las mujeres que pierden el sexo, a pesar de que no tenía sino cuarenta y seis años. No es posible imaginar lo que padeció la desdichada. Aquella vez el árbol quedaba definitivamente muerto y, ya no había savia que le hiciese reverdecer. Desde dos meses atrás, Constanca se desesperaba de no ser ya mujer. Aquella mañana, al volver los invitados de la iglesia, ahora, en presencia de aquella mujer joven que estaba embarazada, había sentido un dolor agudísimo, una rabia fría, capaz de inspirarle cualquiera maldad. Recordaba con indecible angustia al hijo que perdiera, y al tener la certeza de que jamás podría reemplazarlo, sentía una verdadera perversión mórbida que le inspiraba monstruosos deseos que no se atrevía a confesarse a sí misma. Acusaba a los hombres, a los acontecimientos, al mundo entero, de formar una conspiración para aplastarla. Su marido era el peor, el más cobarde e imbécil de los traidores, dejando que se hiciera cada día más indispensable en la fundición ese Blas, cuya mujer, si se le moría un hijo, hacía otro en seguida. Se irritaba contra aquel marido que no se cuidaba de ella para nada. Guardaba su aire de superioridad vencedora afirmando que no había cambiado. Adoptaba a Blas con verdadera satisfacción, contento de haber puesto la mano en un muchacho inteligente y trabajador como pocos, que le evitaba todo quebradero de cabeza y se cuidaba de ganar el dinero que necesitaba para sus placeres. Constanca sabía que iba a firmarse una escritura de asociación y que su marido había recibido ya una fuerte suma para pagar deudas innobles. Y con los ojos entornados, pensaba en todo ello hasta envenenarse el alma, fu-

riosa y delirante, sintiendo deseos de lanzarse sobre aquella joven que iba con ella y de destrozarle el cuerpo, que era fecundo, como ya no podía ser el suyo. Luego pensó también en Dionisio. ¿Por qué iban a llevar a ese a la fundición? Sabía que no había querido entrar en ella, que poseía grandes conocimientos técnicos de mecánica y que anhela la dirección de alguna vasta empresa; y esos conocimientos eran los que hacían de él un precioso auxiliar cada vez que en la fundición había que hacer alguna nueva construcción de máquinas agrícolas. Pero eso no le inspiraba realmente ningún temor, porque cualquier día partiría al fin del mundo, quizá a una provincia lejana. El pensamiento de Blas era lo que la oprimía y atrancaba. Pensó que, llegando antes que los tres hombres a la fundición, podría ver a Morange y hacerle hablar. Evidentemente Morange debía conocer el proyecto de asociación, aun cuando todo estuviese ya presto. Y no tuvo sino el deseo de llegar cuanto antes para ver a Morange, para hacerle hablar, segura de que lo lograría.

Cuando el coche pasaba por el puente de Yeu, miró por la ventanilla.

—¡Cuán poco a poco vamos!... Si lloviera un poco, quizá sintiera menos malestar.

Pensaba que si llovía le quedaría más tiempo para ella, pues los tres hombres tendrían que detenerse. Cuando llegaron a la fundición, no acompañó siquiera a Carlota.

—Le ruego a usted que me dispense si no la acompaño del todo.

—No importa; es usted muy amable, señora. Tenga usted la bondad de decir a mi marido que me ha dejado sana y salva, porque siempre está temblando por mí, desde que estoy en cinta.

Sonrió Constancia y se estrecharon la mano.

—¡Hasta mañana!

—¡Adiós! ¡Hasta mañana!

Hacia ya dieciocho años que Morange había perdido a su mujer, y nueve que murió Reina. Parecía que aquellas catástrofes dataran de ayer, pues no había abandonado el luto, y se encerraba en su casa y no hablaba sino las palabras necesarias. Era, como siempre, el empleado modelo, puntual, meticoloso, clavado en el sillón del escritorio donde se sentaba treinta años antes. Las cosas queridas muertas parecían haberse llevado su ambición, su voluntad, su sueño de lujo y de riqueza. Solo, abandonado a sí mismo, débil como un niño, no deseaba sino que le dejaran dormir tranquilo, cuidándose como siempre de sus tareas de escritorio, de su trabajo habitual que cumplía sin voluntad y casi sin esfuerzo, como una bestia de carga. Se sospechaba que en su habitación de Grenelle debía llevar una vida misteriosa de maniático. La criada tenía orden de no dejar entrar a nadie. Ella misma ignoraba lo que hacía su amo durante las largas horas que se encerraba en su cuarto o en el de Reina, cerrados siempre. Parecían aquéllos, santuarios, de que fue él el único sacerdote. En vano la criada había tratado de echar una ojeada; en vano pegaba el ojo contra la puerta cuando Morange estaba dentro; nunca había visto ni oído nada. Otro motivo de extrañeza para sus conocidos era su avaricia desmesurada. Ganaba ocho mil francos y de fijo que no gastaba ni cuatro mil. ¿Qué hacía del resto? ¿En qué empleaba aquellas sumas? Era muy amable, muy afectuoso, muy correcto; vestía modestamente, cuidaba como antes su barba, ahora blanca del todo; y nada indicaba en su interior la ruina que quedaba dentro, las cenizas que quedaban del incendio mal extinguido. Poco a poco

habíanse establecido íntimas relaciones entre Morange y Constancia. Cuando le había visto volver a la fundición, después de la muerte de Reina, tan triste, tan aplastado, había sentido hacia él una piedad profunda, en la cual, confusamente, diríase que latía una inquietud personal. Mauricio vivió durante cinco años todavía, perdido su hijo único. ¿Era posible tal catástrofe? Luego, cuando herida ella misma había sentido el tremendo dolor, la llaga incurable, se había acercado a aquel hermano suyo en padecimientos y le trataba con una consideración, con una benevolencia, que no demostraba a nadie.

A veces le invitaba a pasar con ella la velada y hablaban ambos de los muertos queridos o no decían una palabra, comprendiéndose sin hablar y sabiendo lo que quería decir su silencio. Constancia había aprovechado aquella intimidad para estar completamente al corriente de lo que ocurría en la fundición, y trataba de hacer del jefe de escritorio un confidente, un espía si preciso fuera, que la ayudara a tomar parte en la dirección de los negocios que no marchaban bien. He aquí por qué aquella tarde se apresuraba a volver a la fundición en ausencia de Beauchéne, segura de que Morange la pondría al corriente de lo que sucedía. Apenas se tomó tiempo para quitarse los guantes y sombrero y fué directamente a encontrarle, hallándole, como de costumbre, ante el gran libro de la casa.

—¡Toma!—dijo admirado,—¿ya ha acabado ese bautizo?

Constancia explicó lo que había ocurrido, y procuró llevar la conversación al terreno que quería.

—Sí. Es decir, he vuelto porque tenía una gran jaqueca. Los otros se han quedado allí todavía. Y como estaba sola en casa, he venido a hablar

un momento con usted, pues ya sabe cuánto le estimo. ¡Qué desdichada soy!

Cayó sobre una silla, sofocada por las lágrimas que contuvo hasta entonces ante la felicidad de los otros. Trastornado al verla en aquel estado, quiso llamar a la camarera, por temor a que la diera un accidente; pero ella se lo impidió.

—Solamente me queda usted, amigo mío... Todos me abandonan, todos están en contra mía. Conozco que trabajan para arruinarme, para perderme, como si yo no estuviera bastante aniquilada con la pérdida de mi hijo... Y puesto que usted es mi amigo y que conoce mi tortura, pues también perdió su hija, aconséjeme y guíeme; así por lo menos podré defenderme.

Oyendo hablar de su hija, se había puesto a llorar con ella. En aquel estado podía preguntarle lo que quisiera, segura de que no callaría nada, aniquilado por aquel dolor que acababa de evocar. Díjole que efectivamente iba a firmarse un contrato entre Blas y Beauchéne; pero que aquel contrato no era precisamente una asociación. Beauchéne, que había gastado sumas considerables para estos gastos vergonzosos, algo así como la madre de una niña que le amenazaba con los tribunales, tuvo que confesar la deuda a Blas, encargándole que buscara el dinero, y entonces el mismo joven le entregó la suma, que sin duda provenía de su madre, contento de poderlo interesar en aquella casa donde tantos años había estado como dependiente. Para regularizar la situación habían decidido dividir la propiedad de la casa en seis partes, a fin de ceder una de ellas a Blas, a cambio del dinero prestado. Aquél se convertía en propietario de una sexta parte, a menos de reembolsar la cantidad en un término convenido. Lo único que había que temer, es que Beauchéne,

arrastrado por sus vicios, en vez de reembolsar lo pedido, tomara más prestado. Constanca había escuchado, temblorosa y pálida.

—¿Y han firmado eso?

—No, todavía no; pero todo está listo y se confirmará uno de estos días. Por otra parte, es la única solución justa y es además necesaria.

Pero Constanca no encontraba la cosa natural como Morange, y estremecida, buscando alguna solución, se le escapó este grito:

—¡Ah! ¡ese miserable Blas!

Morange se sintió conmovido, y trató de tranquilizarla, explicándole que Blas se había portado como un buen muchacho y que hizo todo lo posible para evitar el escándalo, mostrándose al mismo tiempo muy desinteresado. Al ponerse ella en pie, después de saber lo que quería, la acompañó. Morange por la galería de comunicación, diciendo:

—Le doy mi palabra de honor, señora, de que ese joven no ha tenido ninguna mala intención. Todos los documentos pasan por mis manos, y nadie está más enterado que yo. Si hubiese visto algo anormal, si hubiese sospechado alguna maquinación, le aseguro que la habría advertido.

No le escuchaba, y trataba de desembarazarse de él. En aquel instante una violenta tempestad que había amenazado todo el día, se desató furiosamente. El firmamento se había oscurecido como unas nubes tan densas y negras, que parecía ser de noche, aun cuando fueran las cuatro apenas. Se le ocurrió que con aquel tiempo los hombres debían haber tomado un coche e iban a llegar. Apresuró el paso, seguida de Morange.

—Vea usted, por ejemplo. Cuando se trató de redactar el acta...

De repente se interrumpió, lanzando una exclamación

afrogada, deteniéndola, echándola atrás con un gesto de espanto:

—¡Cuidado!

Bajo sus pasos se abría un abismo. Había al final de la galería, antes del corredor que servía de comunicación con el hotel, un ascensor de gran potencia, movido a vapor, destinado a bajar las grandes piezas a los talleres de embalaje. No se utilizaba de continuo, y comúnmente la enorme trampa estaba cerrada. Cuando funcionaba, velaba allí alguien, a fin de que no ocurriese alguna desgracia.

—¡Cuidado! ¡cuidado!—repelía Morange, helado, emloquecido de espanto.

La trampa estaba baja y por un agujero se veía un abismo. No había ni barrera ni nada que pudiera advertirles, que les impidiera dar la tremenda caída. La lluvia chasqueaba contra los cristales y la obscuridad era tan completa en la galería, que marchaban a tientas sin ver nada ante ellos. Un paso más y la catástrofe se cumplía. Fué un milagro que Morange advirtiese aquellas sombras más espesas, aquel abismo que antes había adivinado que visto, sabiendo que estaba allí. Sin embargo, Constanca, no comprendiéndolo aún, quería soltarse de la mano de su acompañante.

—¡Mire usted, le digo!

Se inclinó y la obligó a inclinarse sobre el oscuro agujero, que llegaba hasta unos profundos sótanos, como un pozo de tinieblas, del que se exhalaba un soplo de humedad. En el fondo brillaba una linterna de luz vacilante, como para hacer comprender mejor la profundidad y el horror de aquel abismo. Los dos se apartaron de allí paleticiendo. Morange se enfadó.

—¿Quién será el idiota? ¿Por qué no ha de tener cuidado? Siempre ha de haber un hombre de guar-

«¿Dónde está? Debe estar loco. ¿Dónde está? Debe estar loco.»

Volvió cerca del agujero y gritó con voz fuerte:
—¡Bonnard!

Nadie le contestó; ninguna voz se elevó de las tinieblas. Indignado por aquel silencio, Morange repitió furiosamente:

—¡Bonnard! ¡Bonnard!

Tampoco le contestaron entonces. Tomó una decisión.

—Voy a bajar—dijo.—Es preciso que vea lo que ocurre y que sepa lo que hace ese estúpido.

Se perdió en las profundidades de una escalera de caracol que atravesaba todos los pisos, y desde ella dijo:

—Le ruego que no se mueva usted, señora, para avisar si alguien quisiera pasar.

Constancia estaba sola. El ruido formidable de la tempestad no se calmaba; pero había alguna mayor claridad, muy poca. Y en aquel momento apareció Blas en el extremo de la galería. Había entrado con Dionisio y Beauchéne y bajaba a los talleres en busca de unos datos que necesitaba.

Preocupado, pensando en la nueva construcción que preparaba, caminaba con la cabeza baja y mesurado el paso. Cuando le vio Constancia, se despertó el odio que por él sentía, y recordó aquel contrato que se iba a firmar. Era el enemigo que conspiraba contra ella, para su ruina, y al que hubiese querido exterminar a cualquier precio. Avanzaba. Ella se hallaba en lo más oscuro del corredor, en la sombra de la pared, de modo que Blas no podía verla. Pero a medida que avanzaba, ella le veía perfectamente, bañado por una claridad gris. Nunca como entonces había advertido la potencia formidable que expresaba su frente alta y ancha, la inteligencia de sus ojos, la firme vo-

luntad de su boca. De repente sintió una sacudida tremenda, una certeza. Blas avanzaba hacia el agujero sin advertirlo, sin fijarse en el abismo que a cada paso que daba se acercaba; caería, a menos que ella le avisara. Un momento antes había estado a punto de caer ella si una mano amiga no la hubiese detenido. Aun sentía en ella el estremecimiento de terror que le produjo la vista de aquel abismo, en cuyo fondo brillaba la luz de la linterna. La catástrofe se precisó en su mente: el suelo que falta, el grito de angustia, la caída, el choque horrible. Avanzaba. No ocurriría la catástrofe; ella sabría evitarlo con un impulso de su mano. Cuando estaría allí delante de ella, ¿no tendría tiempo de alargar el brazo? De un rincón oscuro de su sér, una voz clara, fría, subía, murmuraba breves palabras, que escuchaba como si un trompetazo hubiera tocado en su oído. Muerto él, todo habría acabado; jamás sería suya la fundición. Había buscado un obstáculo que impidiera el contrato; no tenía sino que dejar obrar a la casualidad, y ya tenía el obstáculo insuperable.

La voz decía esto, repetía esto, con insistencia aguda, sin añadir nada más. Después, no había sino un hombre destrozado, suprimido, un agujero tenebroso manchado de sangre, y no veía más, no preveía más, no razonaba más. ¿Qué sucedería al día siguiente? No quería saberlo. Lo que le exigía la voz imperiosa, era el hecho brutal, inmediato. Muerto él, todo había acabado, la fundición no sería suya. Avanzaba. Entonces se libró en ella un tremendo combate. ¿Cuánto duró? ¿Días, años? Apenas unos segundos, sin duda. Estaba resuelta a detenerle en el momento de pasar, segura de que vencería la atroz tentación en el momento decisivo. Pero aquel pensamiento, sin

embargo, se materializaba en su carne, como una necesidad física, como la sed, como el hambre. Tenía hambre de aquello, arrebatada por una de esas locuras que hacen nacer el crimen, que matan al transeunte al volver una esquina. Parecía-le que, si no podía satisfacerla, iba a morir ella misma. Una pasión ardiente, un deseo desordenado de aniquilar aquel hombre, la dominaba a medida que le veía acercarse. Le veía mejor y se exasperaba. Su frente, sus ojos, su boca, la torturaban de un modo indecible. Otro paso, un paso todavía, otro después, y estaría delante de ella. Un paso más y alargaba ya la mano presta a detenerle cuando la tocaría. Avanzaba. ¿Qué pasó entonces, gran Dios? Cuando estuvo allí tan ensimismado que la rozó sin sentirla, se convirtió en una estatua de piedra. Su mano estaba helada y no pudo levantarla por lo mucho que pesaba. Un gran estremecimiento de frío la sobrecogió inmovilizando, asombrándola, en tanto que un clamor que subía de lo más hondo de su ser la aturdió. La tentación siguió, el deseo de aquella muerte, invencible, imperioso, la dominaba y le impedía moverse. Moriría, no sería suya la fundición. Y rígida, apretada contra la pared, sin un soplo, no le detuvo. Oyó su respiración ligera, vio su perfil, luego su nuca, había pasado. Un paso más, todavía un paso. Si hubiese lanzado un grito, podía, en aquel momento supremo, cambiar el destino.

Creyó por un momento tener intención de ello, pero apretaba los dientes hasta romperlos. Blasfemó un paso, aun confiado y tranquilo, sin mirar siquiera al suelo. Este faltó, se oyó un grito terrible, se sintió el viento brusco de la caída, el aplausamiento sordo en el fondo, en las tinieblas. Constan-
cancia no se movió. Durante unos momentos que

estó petrificada, escuchando, esperando. No subía del abismo sino un terrible silencio. Oyó tan sólo cómo la lluvia azotaba los cristales con nueva furia. Entonces huyó, siguió el corredor, entró en su salón. Allí tomó de nuevo posesión de sí misma, se interrogó. ¿Había deseado aquel crimen abominable? No, su voluntad permaneció muda, indudablemente su voluntad quedó paralizada, aniquilada. Su vida entera había transcurrido sin una falta, sin una acción reprobable. Nunca pecó y su conciencia no la había acusado nunca. Mujer honrada, se había mantenido digna a pesar de la crápula de su marido. Madre apasionada, su vida su calvario desde la muerte de su hijo. El recuerdo de Mauricio hizo brotar sus lágrimas, como si su locura residiera allí, como si fuera la explicación de aquel crimen. Un vértigo extraño la asaltó de nuevo y vio a su hijo muerto, el otro día de la fundición y toda su pasión pervertida por su hijo único, toda aquella rabia emponzoñada, la enloquecieron hasta el crimen. Pero se empeñó en tranquilizarse y no sintió remordimiento alguno. Lo hecho, hecho estaba. Debía suceder. No le había empujado, él había caído. Si no hubiese estado allí, hubiera caído también. Entonces, como todo aquello había sucedido sin que ella tomara parte alguna en ello, nada podía importarle. En sus oídos resonaba aquella voz que decía: Ha muerto, no será suya la fundición. Sin embargo, de pie en el frente del salón, con el rostro atento, Constan-
cancia escuchaba. ¿Por qué tar-
daban tanto en recogerle? Esperaba con ansiedad el tumulto, el terror que se esparcía por la fundición, y creía que empezaban a cada ruido que se oía. Pero la calma era completa y no se oía la voz del silencio. Algunos minutos transcurrieron todavía y le plugo la tranquilidad que rei-

naba en el salón. Examinaba los objetos que cada día hacía servir, y los otros que estaban allí de adorno, y le pareció que todo aquello la protegía y la salvaba. Sintió un estremecimiento y advirtió que sus manos estaban heladas; quiso calentarlas y las frotó suavemente una contra otra. ¿Por qué resistía tan gran cansancio? Parecía que había hecho una larga caminata, que volvía en sí después de algún grave accidente y de haber recibido muchos golpes dolorosos. Cuando su marido volvía de los burdeles, le había visto de aquella manera sin deseos ni remordimientos. Ella tampoco deseaba nada. Había vuelto a escuchar, sin embargo, diciéndose que, si aquel espantoso silencio continuaba, cerraría los ojos y dormiría. A lo lejos parecióle oír un ligero ruido, como un soplo lejano. ¿Qué sucedía? Nada, nada todavía. Quizás había soñado todo aquello, quizás era una pesadilla suya aquel hombre que avanzaba hacia el abismo, aquella caída, aquel grito terrible. Quizás no había ocurrido nada, ya que nada oía. Si algo hubiese sucedido, subiría de abajo un clamor enorme, y se oírían carreras por la escalera y los corredores y la habrían avisado. De nuevo oyó un ligero ruido, muy lejano, pero que se acercaba sin embargo. No era una multitud, era un paso aislado, quizás el de un paseante. Pero no, salía de la fundición, subía las escaleras, se acercaba cada vez más. Los pasos sonaron precipitados y una respiración anhelante se oyó tan silbante, tan trágica, que comprendió que la horrible noticia estaba en camino. La puerta se abrió violentamente. Fué Morange el que entró, estaba solo, trastornado, pálido, y la palabra torpemente: —Respira todavía, pero tiene el cráneo hundido; se muere.

—¿Qué tiene usted?— preguntó Constan-
cia. —¿Qué sucede?

La miró sorprendido. Había subido corriendo para pedirle una explicación de aquella catástrofe que no comprendía. La aparente ignorancia, la tranquilidad de que daba pruebas la señora, lo acababan de trastornar.

—No la he dejado a usted cerca de la trampa?—gritó.

—Sí, cerca de la trampa. Usted ha bajado y yo he venido aquí.

—Pero—añadió con violencia desesperada,—antes de bajar le rogué a usted que avisara si alguien pasaba.

—¡No! ¡eso no! Nada me ha dicho usted, o por lo menos, nada oí.

Aterrorizado, Morange continuaba mirándola. A punto fijo mentía. Por más que en apariencia estaba tranquila, él oía temblar su voz. Luego había la evidencia de que debía estar allí todavía, pues él no había tenido tiempo de bajar siquiera. De repente recordó la conversación que habían tenido, las preguntas que le hizo Constan-
cia, el grito de odio que se le había escapado contra la víctima. El pobre hombre no dijo sino esta frase:

—Pues bien, señora, el pobre Blas cayó por el agujero y se ha roto el cráneo.

Constancia levantó las manos estremecidas y dijo con voz entrecortada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgracia tan horrible!

En aquel momento se oyó un rumor creciente en la casa. La puerta del salón había quedado abierta y se oían voces que se acercaban, pasos, el ruido de una multitud, más y más cercana. En la escalera se oyeron voces que daban órdenes,

esfuerzos sordos, pechos que respiraban con esfuerzo.

—¡Me le suben aquí!—dijo Constancia palideciendo, con un grito que hubiese acabado de hacer nacer sospechas en el ánimo de Morange.

—¡Me lo traen aquí!

No fué Morange el que contestó. Bruscamente había aparecido Beauchéne, precediendo un cuerpo ensangrentado, lívido él mismo, pues aquella inopinada visita de la muerte le asustaba.

—Supongo que Morange te ha dicho la espantosa catástrofe. Afortunadamente, Dionisio estaba aquí por lo que pudiera ocurrir. Es Dionisio el que ha dicho que no lo llevaran a su casa, pues matarían del susto a su mujer, estando en cinta. Lo he hecho subir aquí.

Salió, volviendo hacia la escalera. Se oyó su voz que decía:

—¡Cuidado! ¡poco a poco! ¡Cuidado con la barandilla!

El convoy fúnebre entró al cabo en el salón. Habían puesto a Blas en una camilla. Dionisio, blanco como la cera, sostenía la almohada en que reposaba la cabeza de su hermano, que tenía los ojos cerrados y un hilo de sangre en la frente. Cuatro obreros subían la camilla. Los gruesos zapolos chafaban las alfombras, y los muebles ligeros fueron apartados para dejar paso a aquel cortejo de horror. Beauchéne, que guiaba a sus obreros, dijo:

—No, no le dejen aquí; hay una cama en el cuarto de al lado. Vamos a levantarlo suavemente y le pondremos en la cama.

Era el cuarto de Mauricio, la cama en que Mauricio había muerto y que Constancia había mantenido intacta, por piedad maternal, intacta como cuando vivía su hijo. Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo

impedir que Blas, asesinado por ella, muriera en aquel cuarto? El destino vengador quería sin duda aquel sacrilegio; pero inspiraba a Constancia una rabia indecible. Y se mantuvo erguida cuando pugnaba su cuerpo por desmayarse, demostrando un gran valor, una energía grande. Cuando el cuerpo pasó por delante de ella, su pequeño cuerpo pareció crecer. Le miró y su rostro permaneció inmóvil. Sólo su boca se contrajo imperceptiblemente. Su emoción fué instantánea. Después quedó tranquila, dispuso lo que era menester con mucho acierto.

Una vez abandonada su fúnebre carga, los obreros se retiraron consternados. El tío Moineaud había tomado un coche y estaba en busca de Boutan.

—¡Aquí está mejor que abajo—dijo Beauchéne. —Parece que está mejor... ¿Quién sabe si Boutan podrá salvarle?

Pero Dionisio no se hacía ilusiones. Había tomado entre sus manos una de su hermano, y la sentía helada y flácida, convertida en una cosa, en materia no animada. Durante un momento, permaneció en aquella cama de muerte, alentado por la esperanza loca de que su contacto daría vida al moribundo. Aquella sangre que corría por ella que era suya. Eran doblemente hermanos y ambos habían bebido aquella sangre en el mismo manantial. Era la mitad de él que se moría. Después de lanzar abajo un grito de horrible angustia, no había pronunciado una palabra.

—Es preciso ir a casa de Ambrosio para avisar a mis padres. Ya que respira todavía, quizá lleguen a tiempo para abrazarle.

—¿Quieres que vaya a buscarles?—dijo Beauchéne.

—¡No, no! gracias; había querido pedir ese ser-

vicio; pero he reflexionado que únicamente yo puedo darle esta noticia a mi madre: que no avisen tampoco a Carlota... ¡Ojalá la muerte aguarde un poco, para que pueda volver a ver otra vez a mi pobre hermano!

Se inclinó y besó a su hermano, mirándole unos momentos en silencio. Después besóle la mano y salió rápidamente. Constancia llamó a la camarera para que trajera agua tibia, a fin de lavar la frente ensangrentada del moribundo. No se podía quitarle la chaqueta, y lo arreglaron lo mejor que pudieron. Beauchéne habló de nuevo del accidente.

—¡No se comprende cómo ha sucedido! ¡Hay fatalidades horribles! Abajo, una correa de transmisión que sale de la polea y hace que el maquinista no pueda hacer subir la trampa; arriba, Bonnard, que se impacienta y llama y se decide a bajar, viendo que no se le contesta. Después Morange, que llega, se enfada, baja a su vez, viendo que Bonnard no le contesta, y entonces Blas llega y cae. Bonnard no hace más que llorar la catástrofe que ha producido.

De repente se interrumpió para preguntar a Constancia:

—¿Y tú qué hiciste? Morange me dijo que te dejó junto a la trampa.

Constancia estaba de pié ante él, a plena luz, junto a la ventana. Su rostro no se inmutó lo más mínimo, únicamente tuvo una crispación imperceptible de la boca.

—No; estaba en el corredor; y vine hacia aquí en seguida... Ya lo sabe Morange.

Este se había dejado caer sobre una silla, anonadado por lo que ocurría. Incapaz de ayudar en nada, lo presenciaba todo en silencio. Cuando oyó que Constancia mentía con tanta tran-

quilidad, la miró. Ella era la asesina, a no dudarlo. En aquel instante sintió la necesidad de decirlo, de gritarlo.

—El caso es—dijo Beauchéne,—que cree haberte dicho que no te movieras de allí.

—En todo caso, no he oído una palabra—contestó secamente.—Si me hubiese dicho algo, ¿me habría movido?

Luego, volviéndose hacia Morange, le miró a su vez.

—Acuérdese usted, Morange... Ha bajado usted como un loco, sin decirme nada, y he continuado mi camino.

La mirada de aquellos ojos pálidos que se clavaba en la suya, dura y punzante como el acero, le inspiraba verdadero miedo. Su naturaleza, débil, volvió a ejercer su imperio y no se atrevió a acusar a Constancia de aquel crimen atroz, previendo las consecuencias. Además, ni él mismo sabía nada de cierto.

—Es posible; pensé que había hablado... Así debe ser, ya que ha sido.

Volvió a su mutismo con un gesto de inmenso cansancio. Desde aquel momento se había convertido en cómplice de Constancia. Durante un instante sintió el deseo de levantarse para ver si Blas respiraba todavía. Pero no se atrevió. El silencio que reinaba le imponía. ¡Qué angustia, qué tortura en el coche que conducía a Dionisio y a sus padres! Primeramente les habló de un accidente, de una caída grave. Pero a medida que el carruaje rodaba, había enloquecido él mismo, llorando y confesándolo todo, al oír las preguntas desesperadas de Mateo y Mariana. Cuando llegaron a la fundición, sabían ya que su hijo había muerto. Había cesado todo trabajo y recordaron que lo mismo ocurrió el día de la muerte de

Mauricio. Igual inmovilidad, igual silencio de tumba les acogía; los rumores de vida habían cesado de golpe; las máquinas estaban frías y húmedas, los talleres cerrados y desiertos... Ni un ruido, ni una persona, ni un soplo de aquel vapor, que era como el aliento de la fundición. Esta moría, ya que el jefe había muerto. Aumentó su espanto cuando pasaron de la fundición al hotel y hallaron desierta la galería, abiertas las puertas como en una casa inhabitada; abandonada desde mucho tiempo. En la antecámara no hallaron ni un criado. Era el mismo drama de muerte repentina el que veían, el que presenciaban; pero esta vez era su hijo y no era el hijo de los otros, el que estaba inanimado en el mismo cuarto, sobre la misma cama, pálido, helado, sin vida. Blas acababa de expirar. Boutan estaba allí, apretando la mano inanimada, cuando al ver entrar a Mateo y Mariana, que se habían precipitado en aquel cuarto, exclamó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Abrácente, amigos míos; aún sentirán su aliento!

El padre y la madre se habían lanzado sobre aquel cuerpo inanimado, llorando amargamente, clamando al cielo, que así les castigaba. Al año justo casi de la muerte de Rosa, ocurría la de Blas, cuando iban también a solemnizar una fiesta. Aquellas dos muertes, acaecidas en circunstancias impensadas, parecían un llamamiento de la fatalidad, y empezaron a dudar de la vida, temiendo que por la brecha abierta y sangrienta desaparecieran sus demás hijos, como habían desaparecido aquellos dos. Durante mucho rato, Mateo y Mariana continuaron sollozando. Constanza estaba cerca con aire triste y desolado. Beauchéne se había sentado ante la mesita de Mauricio para redactar un aviso a los obreros, diciéndoles

que la fundición estaría cerrada hasta el día siguiente al del funeral. No acertaba a encontrar las palabras adecuadas, y viendo que Dionisio estaba allí, dijo:

—Siéntate y continúa.

Constancia oyó aquellas palabras, que eran las mismas que había pronunciado su marido al hacer sentar a Blas en aquella mesa de Mauricio, cuando el cuerpo de éste estaba yerto sobre la cama. Sintió una sacudida, un espanto indecible al ver a Dionisio escribiendo sobre aquella mesa. ¿No era Blas que resucitaba? Era sin duda que el muerto resurgía, tomaba de nuevo su sitio, por más que ella le hubiese matado. Se engañó; sería suya la fundición por más que estuviese muerto.

Había matado uno de los Froment; pero aparecía otro. Cuando uno moría, otro tapaba la brecha. Su crimen le pareció tan inútil, tan estúpido, que se estremeció de miedo sintiendo que un sudor frío bañaba su cuerpo.

Constancia quiso mostrarse valiente y se acercó a su marido.

—Es un aviso para los obreros—dijo Beauchéne.

—Redáctalo tú mismo; no sé por qué en esta ocasión haces trabajar a Blas.

Como horas antes en la sala de Ambrosio se había equivocado; había llamado Blas a Dionisio; sintió un terror que la invadía.

Cuando la muerte siega uno de esos soldados de la vida, siempre hay otro dispuesto a reemplazarlo.

—Voy a bajar—balbuceó Mariana,—quiero ser la que dé la triste noticia a Carlota, a fin de que no muera a consecuencia del golpe.

Lleno de inquietud Mateo, quiso detenerla, diciendo:

—No; quédate; yo iré, o bien irá Dionisio,

Mariana no retrocedió, y dijo:

—Sabré darle la noticia mejor que nadie; déjame, te aseguro que tendré valor.

Pero, de repente, le dió un desmayo, y hubo que acostarla en un diván de la sala. Entonces, viendo que Constancia llamaba a su camarera para que le trajera el botiquín, Mateo dijo:

—También está preñada, de cuatro meses, lo mismo que Carlota. Como ya tiene cuarenta y tres años, eso le causa alguna vergüenza... ¡Pobre mujer! quería evitar un susto a Carlota, y quizás sucumba a su vez.

¡Preñada! Constancia supo la noticia, que le pareció el golpe de maza que acaba con la vida. Aun cuando Dionisio muriera a su vez, otro Froment nacía para reemplazarle; siempre así, siempre uno detrás del otro, hasta lo infinito. Era un pululamiento de fuerza, de vida inagotable, contra el cual no era posible luchar. Al ver que la brecha abierta se cerraba en seguida, comprendió lo miserable de su condición y sintió lo tremendo de su esterilidad. Quedó vencida, dominada por un terror sagrado, barrida, arrastrada por el desbordamiento de aquella fecundidad sin fin.

¶

Catorce meses después hubo una fiesta en Chantebled: Dionisio, que había entrado en la fundación al morir Blas, se casaba con Marta Desvignes. Aquella fiesta, después de un luto tan doloroso, era para la casa lo que el sol de la primavera vera después del rudo invierno. Mateo y Mariana, entristecidos hasta entonces, sentían una emoción

de dicha ante aquel renovamiento de vida. Hacía ya más de dos años que Rosa dormía en el cementerio de Jonville, y un año que Blas estaba allí también, durmiendo bajo flores continuamente renovadas. La instalación de Dionisio en la fundación había ocurrido naturalmente. Si no entró allí desde su salida de la escuela, era porque Blas había ocupado ya el sitio de director. Todos sus estudios técnicos le designaban para ocupar aquel puesto, y fué a vivir al pabelloncito, del que huyó Carlota con su hijita Berta, yendo a Chantebled. La entrada de Dionisio arreglaba el asunto del dinero prestado a Beauchéne, puesto que el hermano, substituyendo al hermano, firmaría el contrato que aquél debía firmar. Quiso sin embargo Dionisio, por una atención delicada, que de los beneficios que obtuviera, se señalara una pensión para Carlota, la viuda de su hermano. Todo se había arreglado en ocho días, sin discusión posible, por la lógica de los acontecimientos. Ni la misma Constancia había podido oponerse a tal arreglo, pues su marido repetía: «¿Qué quieres que haga? De todos modos necesito uno que me ayude, y lo mismo da que sea Dionisio que otro cualquiera. Antes de un año habré rescatado el dinero que le debo, y le echaré fuera si me fastidia». Y Constancia callaba, para no arrojarle su ignominia al rostro, sintiendo que las paredes de las casas se derrumbaban una por una. Entonces es cuando Dionisio, teniendo asegurada una posición, decidió casarse con la hermana de Carlota, Marta, que había sido inseparable amiga de Rosa; es decir, que había sido esposa desde tres años antes. Él y ella habían conocido y amado desde niños, procreándose uno a otro y esperando pacientemente la edad de poder crear una familia. Todo el mundo extrañaba que Dionisio, a quien sonreía un por-